

—¿Y?

Salí del coche y me zambullí en el pesado bochorno del mes de agosto en Georgia.

—¡Alucinante! —murmuré. Me puse las gafas de sol en la cabeza. Con tanta humedad, el volumen de mi pelo se había triplicado. Daba la sensación de que en cualquier momento devoraría las gafas, como una planta carnívora selvática—. Siempre me había preguntado cómo sería vivir dentro de la boca de alguien.

Delante de mí se levantaba el imponente edificio Hécate Hall. Según el folleto que sujetaba en mi mano sudada, era «la más importante institución reformativa de adolescentes Prodigium».

*Prodigium*. O sea, una extravagante palabra latina que se usa en lugar de monstruo, que es lo que eran todos los que estaban en Hécate.

Lo que era yo.

En el vuelo desde Vermont hasta Georgia releí el folleto cuatro veces, otras dos más en el ferry que me llevó a la isla de Graymalkin —un poco más allá de la costa de Georgia (donde supe que Hécate había sido construida en 1854)—, y una última vez mientras el coche de alquiler serpenteaba a través del camino de conchas y gravilla que

comunicaba la costa con el aparcamiento de la escuela. A esas alturas ya debía de saberlo de memoria, pero así y todo lo leía compulsivamente y no lo soltaba, como si fuera mi mantita preferida o algo así.

«El propósito del instituto Hécate Hall es proteger e instruir a los jóvenes metamorfos, brujas y hadas que han usado sus habilidades con imprudencia y han puesto en peligro la integridad de la sociedad de Prodigium.»

—No me parece que haya puesto a las otras brujas en peligro sólo por ayudar a una chica a conseguir pareja —le dije a mi madre entornando los ojos, mientras cogíamos mis cosas del maletero. Le había estado dando vueltas a esa idea desde que había recibido el folleto informativo, pero no había dicho lo que realmente pensaba hasta ese momento.

Mamá se había pasado todo el vuelo fingiendo que dormía, probablemente para evitar mi mala cara.

—Soph, sabes bien que no se trata solamente de esa chica. También está aquel chico de Delaware que acabó con el brazo roto, el profesor de Arizona al que intentaste hacer que olvidara un examen...

—Mamá, pero si al final recuperé la memoria —dije—. Vale, casi toda.

Mi madre suspiró y tiró de un baúl hecho polvo que habíamos comprado en una tienda de beneficencia

—Tu padre y yo te habíamos advertido muchas veces sobre las consecuencias de usar tus poderes. Créeme, esto me gusta menos que a ti; aquí estarás con... con jóvenes como tú.

—O sea, con otros apestados.

Me colgué la bolsa al hombro. Mi madre se quitó las gafas de sol y me miró fijamente. Tenía aspecto cansado y unas gruesas arrugas alrededor de la boca que nunca antes le había visto. Mamá tenía casi cuarenta años, pero aparentaba diez menos.

—Tú no eres una apestada, Sophie. —Levantamos el baúl entre las dos—. Sólo has cometido algunos errores.

A decir verdad, lo de ser una bruja no era tan fantástico como había creído. Para empezar, no volaba por ahí montada en una escoba. Cuando adquirí mis poderes, le pregunté a mi madre si me permitiría hacerlo. Ella me contestó que siguiera cogiendo el autobús, como todo el mundo. Además, no tenía un libro de hechizos, ni un gato que hablara porque soy alérgica, y en caso de que tuviera que buscar un ojo de salamandra, no sabría ni por dónde empezar.

Eso sí, puedo hacer magia. Es una habilidad que tengo desde los doce años, la edad en que —según dice el folleto informativo empapado en el sudor de mis manos— empiezan todos los Prodigium. Debe de tener algo que ver con la pubertad, supongo.

—Además, es una buena escuela —siguió mi madre, mientras nos acercábamos al edificio.

Pero aquello no tenía aspecto de ser una escuela. Más bien parecía un engendro a medio camino entre una vieja película de terror y la mansión encantada de Disneylandia. Para empezar, tenía como doscientos años y la tercera planta oscilaba como el último piso de una tarta de bodas. En algún momento los muros de la casa debieron de haber sido blancos, pero ahora tenían un color gris aguado casi igual al del camino de grava y conchas. Parecía un peñasco más de la isla.

—Ahh —dijo mi madre. Soltamos el baúl; mamá se asomó a uno de los lados de la casa—. Ven a ver esto.

La seguí. El folleto explicaba que a lo largo de los años habían agregado a la estructura original de la casa «construcciones adicionales». Es decir, que habían derruido la parte trasera para construir un nuevo edificio. Los veinte metros de la estructura original eran de madera grisácea. A esa estructura le habían añadido unas paredes de estucado rosa que se extendían en dirección a un bosque. No cabía duda de que para la construcción de esa casa habían recurrido a la magia, dado que no había rastros de argamasa ni juntas visibles por ningún lado. Siendo tal el caso, una habría esperado encontrarse con un trabajo elegante, pero la verdad era que parecía como si un loco hubiera pegado dos casas una junto a la otra.

Un loco con pésimo gusto.

En el jardín principal había unos enormes robles tachonados de musgo que cubrían la casa de sombras. Además, había plantas por todas partes. Dos macetas polvorientas con helechos que parecían arañas gigantes de color verde enmarcaban la puerta, y una de las paredes estaba casi completamente invadida por una especie de parral de flores rojas. Viendo todo aquello, daba la sensación de que la casa estuviera a punto de ser tragada por el bosque.

Tiré del dobladillo de mi nueva falda de Hécate Hall y me pregunté por qué en una escuela situada en lo más profundo del sur norteamericano obligarían a llevar uniformes de lana. La falda era de color azul a cuadros (de hecho, era una especie de falda escocesa, o un híbrido entre una falda normal y una falda escocesa. Una «faldesa», la había apodado yo). Eché una mirada a la escuela y no pude reprimir un escalofrío. Me pregunté si existiría alguien capaz de mirar semejante sitio sin plantearse qué clase de fenómenos estudiarían allí.

—Mira qué sitio tan estupendo —dijo mamá, tratando de usar su tono más alegre, de inducirme a ver el lado amable.

Yo no estaba tan alegre.

—Sí, precioso, para una cárcel, claro.

Mamá negó con la cabeza.

—Basta ya con esa insolencia adolescente, Soph. Esto no tiene nada que ver con una prisión.

Pues eso era lo que parecía.

—Ya verás como será el mejor sitio para ti —dijo.

Volvimos a coger el baúl.

—Supongo —murmuré.

En lo concerniente a mi relación con el instituto Hécate, la frase «es por tu propio bien» había tomado los visos de un mantra. Dos días después de la fiesta de graduación, mi madre y yo habíamos recibido un correo electrónico de mi padre que, a grandes rasgos, nos anunciaba que mi situación había superado el límite permitido y que

el Concilio me había sentenciado a entrar al instituto Hécate hasta que cumpliera los dieciocho.

El Concilio era el grupo de viejales que dictaban todas las normas de los Prodigium.

Ya sé. Un concilio que se llama a sí mismo el Concilio. Qué original.

En fin. Mi padre estaba empleado allí y, al parecer, lo habían obligado a ser el emisario de las malas noticias. «Con un poco de suerte —decía en su correo—, allí te enseñarán a usar tus poderes con un poco más de criterio.»

Los escasos contactos que tenía con mi padre siempre eran por correo electrónico o por teléfono. Mis padres se separaron antes de que yo naciera. Según lo que yo tenía entendido, mi padre no le había revelado a mi madre su naturaleza de hechicero (ésta es la forma en que preferimos llamar a los brujos) hasta que llevaban un año juntos. Mi madre no se lo tomó bien. Le dijo que era un psicópata y volvió corriendo a casa de sus padres. Poco después, supo que estaba embarazada. Entonces consiguió una copia de la *Enciclopedia de la Magia* y la sumó a los libros sobre bebés, sólo por si acaso. Cuando nació, mi madre se había convertido en toda una experta en lo sobrenatural. Cuando a los doce años desarrollé mis poderes, reabrió a regañadientes las líneas de comunicación con mi padre, aunque siguió tratándolo con una absoluta frialdad.

Durante el mes que siguió al correo electrónico de mi padre, intenté reconciliarme con la idea de ir a Hécate. Lo juro. Me dije que por fin estaría rodeada de gente como yo, que ya no tendría que esconder mi identidad y que seguramente aprendería buenos hechizos. Le encontré un montón de cosas positivas.

Pero en cuanto mi madre y yo subimos al ferry que nos llevaría a aquella isla solitaria, empecé a tener dolor de estómago. Y, creedme, ese malestar no tenía nada que ver con que estuviera en un barco.

Según el folleto, se había elegido la isla de Graymalkin como asentamiento del instituto Hécate debido a que su remota ubicación

la hacía ideal para mantenerlo en secreto. Para los lugareños, no era sino un internado superexclusivo.

Cuando el ferry se acercó al boscoso trozo de tierra que sería mi hogar durante los dos años siguientes, había cambiado de opinión.

Casi todos los estudiantes estaban en aquel momento por el parque. Sólo un puñado de ellos parecían ser nuevos, como yo. Descargaban sus baúles y arrastraban sus maletas, la mayoría tan gastadas como la mía. Aunque había un par de Louis Vuitton. Sólo una de las chicas (cabello oscuro, nariz un poco ganchuda) era de mi edad; los demás chicos parecían mucho más jóvenes.

No tenía idea de lo que eran: brujas, hechiceros o metamorfos. Nuestro aspecto es absolutamente normal y no hay modo de distinguirnos.

Sólo las hadas eran fáciles de identificar. Eran más altas y de aspecto más digno que la media, y además tenían el cabello liso y brillante con tonalidades que iban de un dorado suave al violeta brillante.

Y tenían alas.

Según mamá, cuando las hadas se mezclan con los humanos utilizan el *glamour*, un hechizo muy complicado que altera la mente de todos aquellos que las rodean y gracias al cual los humanos las ven como personas corrientes en lugar de verlas como criaturas brillantes, coloridas y aladas. Me pregunté si las hadas condenadas a Hécate se sentirían aliviadas. Tiene que ser difícil practicar durante tanto tiempo seguido un hechizo.

Me detuve un instante para poder sujetar la bolsa que llevaba al hombro.

—Por lo menos es un sitio seguro —dijo mi madre—. Eso ya es algo, ¿verdad? Para variar, no tendré que estar constantemente preocupada por ti.

Sabía que a mi madre le iba a resultar difícil que yo estuviera tanto tiempo lejos de casa. No obstante, también era consciente de que se alegraba de tenerme en un sitio en el que no corriera el riesgo de ser descubierta. Cuando te pasas demasiado tiempo leyendo so-

bre los diferentes medios que se han usado para matar a brujas a lo largo de los años, tiendes a volverte un poco paranoico.

Camino de la escuela, sentí que me sudaban partes del cuerpo que nunca antes me habían sudado. ¿A quién le sudan los oídos? A mamá, como de costumbre, la humedad no la afectaba. No existe circunstancia en la que mi madre no conserve un aspecto obscuramente espléndido; es casi una ley de la naturaleza. Llevaba tejanos y camiseta, pero, aun así, todas las cabezas se volvieron hacia ella para mirarla.

O tal vez fuera a mí a quien miraban. Estaba tratando de sacarme el sudor de entre mis pechos discretamente y sin que pareciera que me estaba metiendo mano a mí misma.

Por todas partes me rodeaban cosas de las que sólo había leído. A mi izquierda, una hada de cabello azul y alas color índigo lloriqueaba aferrada a sus alados padres, cuyos pies levitaban a unos centímetros del suelo. Unas lágrimas cristalinas caían de las alas de la niña y los dedos de sus pies flotaban sobre un charco azul marino.

Caminamos bajo los viejos árboles inmensos. A la sombra, la temperatura disminuía medio grado. Ya pisábamos los escalones de entrada cuando resonó en la pesadez del aire un aullido sobrenatural.

Mi madre y yo dimos media vuelta rápidamente y vimos aquella... aquella cosa que les gruñía a dos adultos de aspecto completamente frustrado. No estaban asustados, sólo enfadados. O ni tan siquiera eso.

Un licántropo.

No importa cuánto leas sobre los licántropos, ver a uno de ellos es siempre toda una experiencia.

Para empezar, no se parecía en nada a un lobo. Ni a una persona. En realidad era igual a un perro enorme parado sobre las patas traseras. Tenía un pelaje corto y castaño y unos ojos amarillo brillante que se veían a la distancia. Era más pequeño de lo que me hubiera esperado. De hecho, ni siquiera llegaba a la altura del hombre al que le gruñía.

—Basta, Justin —dijo el hombre.

La mujer, que tenía el cabello del mismo color castaño claro que el licántropo, apoyó una mano en el hombro de su hijo.

—Cariñito —dijo, con su acento del sur de Estados Unidos—, escucha a tu padre. Déjate de tonterías.

El licántropo, ehh... Justin, se calmó por un momento y ladeó la cabeza, como si fuera un cocker spaniel y no una bestia degolladora.

La idea me hizo reír por lo bajo.

Y de pronto, esos ojos amarillos se fijaron en mí.

Volvió a aullar y, antes de darme siquiera tiempo a pensar, se abalanzó sobre mí.